

Gabriela Huneus de Izquierdo.

POEMAS

VENDIMIA

Bajo un preludio otoñal se han vestido de gala los parrones de las selvas y los parques; sus techumbres y paredes ostentan lujosas tapicerías de brillantes hojas y racimos fuertes. Bajo sus sombras el amanecer barre silencios, después el día estalla glorioso y lleno de mansedumbre sugiriendo a los seres el deseo de palpar allí su esplendente riqueza; más tarde el crepúsculo arroja entre ellas su admirable serenidad y finalmente avanza la magna noche silenciando todos sus rincones.

A la hora de la siesta bajo una cascada de lumbre solar en pequeños hogares contruidos con flexible fibra de mimbre reposa la dulce savia de las viñas elaborada en diminutas o grandes burbujas rosas, negras, verdes o doradas extraída de entre los brazos de los parrones nobles.

Oh milagrosa savia de las viñas que corres así apretujada y silenciosa, apiñada en racimos pintorescos, deshechos, resignados y fragantes, y vas danzando sobre la cabeza de los hombres que se mueven con el rostro ahuecado y sin risa, y sobre la cabeza de las mozas que avanzan tejiendo canciones sobre labios húmedos, tejiendo en sus mentes, supremas beldades que se transparentan en recio brillo dentro de grandes pupilas negras mientras sus cuerpos, ceñidos todos por plena faja dorada que cae sobre ellos, van cortando el aire, desatando pasos va-

cilantes, cimbrando caderas amplias y senos fuertes.

Oh savia de las viñas. Cuando apenas te calentaba un débil sol de Septiembre y recorrías casia dormecida las múltiples venas de las parras verdes trepadas con indolencia sobre esqueletos de palo, jamás soñaste que serías transformada en grandes burbujas de cristal vivo, en dulce jugo trastornador que apacigua la sed de los hombres, desatando, con violencia en sus corazones admirable fiesta y maravilloso ardor.

LLUVIA DE VERANO

Cerradas las puertas, herméticas las ventanas, la casa guarda el silencio; uno que otro insecto aturdido y sin fuerza va a golpear con torpeza sobre el cristal donde yo he apoyado mi frente mientras beben mis ojos toda esta luz gris que al bañarme entera me impregna de serenidad. Luz gris que mezclada con el agua semeja chorro de ceniza surgido del espacio que desarmoniza la lluvia como llanto monótono sobre rostro moreno y sus lágrimas unidas van formando grandes hilachas transparentes, casi plateadas que se aferran lánguidas a la transparencia del vidrio.

Me gusta este llorar de día opaco de verano que ha empapado de alegría las plantas del jardín despejándolas del insípido polvo del camino, haciendo resaltar la variada belleza de sus vestiduras verdes; tienen ellas un aspecto humilde, casi doliente al sentir su incapacidad para plegarse repentinamente a la placidez de su frescor; más sus diminutas y fragantes gargantas tragan ávidas el rosario de gotas de agua clara que cae sobre ellas atropellándolas sin temor.

Y un sentido de eternidad tiembla el mundo; el orgullo del agua purificadora desatada sobre él va apagando todos los ruidos absurdos, destruyendo el ruido vano. . . Y este clamor de cielo que se va haciendo rutinario ha des-